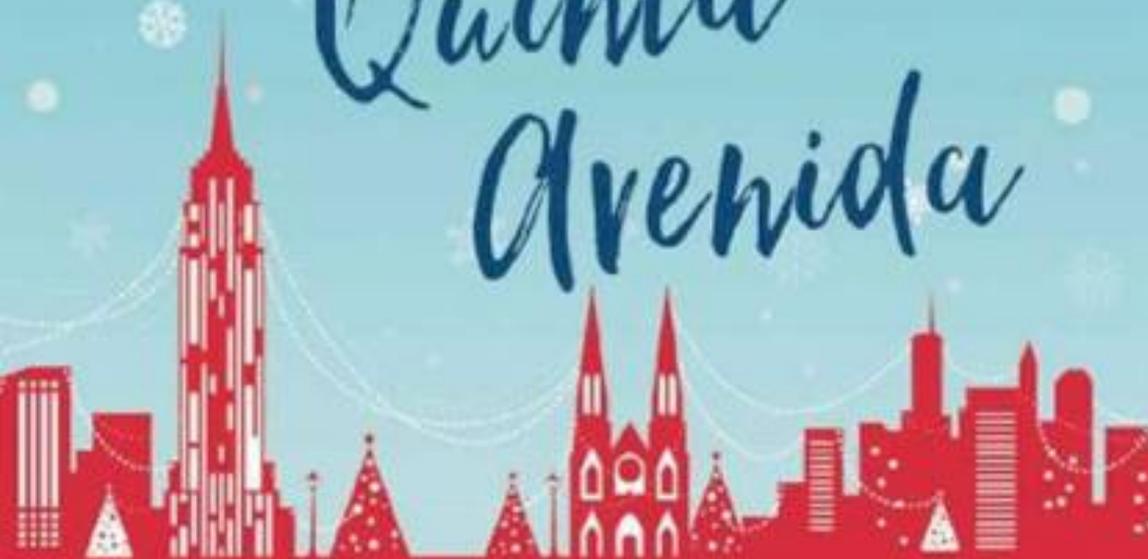


SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

El ático
de la
Quinta
Avenida



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Eva, una romántica empedernida, adoraba todo lo que tuviera que ver con la Navidad. Ese año probablemente habría pasado las fiestas sola, así que cuando le ofrecieron cuidar un ático espectacular en la Quinta Avenida, no dejó escapar la oportunidad. ¿Qué mejor lugar para celebrar la Navidad que Manhattan cubierta de nieve? Lo que no se esperaba era encontrar que el ático seguía ocupado por su guapísimo y misterioso propietario.

Lucas Blade, el popular autor de novela negra, estaba viviendo una pesadilla. Con una fecha de entrega y el aniversario de la muerte de su mujer aproximándose, se había aislado en su ático acompañándose únicamente de su dolor. No quería interrupciones, ni adornos, y mucho menos quería que esa preciosa y dicharachera asistente lo distrajera. Pero cuando la tormenta de nieve del siglo dejó a Eva atrapada en su piso, Lucas empezó a abrirse a la magia que ella traía consigo...

Para Sue. Escribo sobre amistades de ficción, pero la nuestra
es de verdad. ¡Qué suerte tengo!

Querido lector,

Si ya has leído alguno de mis libros, no te sorprenderá saber que me encantan los finales felices. Soy una persona bastante optimista y normalmente me gusta que mi taza esté medio llena (a ser posible, con café bien cargado). Leo mucho, aunque rara vez leo ficción catalogada como «terror». No me van ni el suspense que da miedo, ni los asesinatos en serie, ni las cosas que hacen ruidos misteriosos en mitad de la noche, lo cual me asemeja en cierto modo a la protagonista de este libro.

Eva es una romántica que siempre mira el lado positivo, así que cuando un encargo de trabajo la obliga a pasar algo de tiempo con Lucas, un escritor de novelas de crímenes que explora el lado más oscuro de la naturaleza humana, hará lo posible por que funcione, a pesar de tener claro desde el principio que son personas opuestas. Por mucho que esté buscando un romance, es obvio que Lucas no es su tipo, ¿o sí?

Lucas no solo escribe sobre los demonios de otras personas, sino que tiene los suyos propios, pero la bondadosa Eva está decidida a iluminar los rincones más oscuros de su vida.

Este es un libro sobre segundas oportunidades, pero también sobre la esperanza y el poder del amor. ¡Espero que disfrutes de El ático de la Quinta Avenida! Si aún no lo has hecho, no olvides leer las historias de Paige y Frankie en Noches de Manhattan y Atardecer en Central Park. Es-

*pero que me visitéis en [Facebook.com/authorsarahmorgan](https://www.facebook.com/authorsarahmorgan).
para charlar un poco.*

Con cariño, Sarah

www.sarahmorgan.com

«Dale a una chica un buen par de zapatos y podrá conquistar
el mundo».

—Marilyn Monroe

Capítulo 1

«Hay muchos peces en el mar, pero eso no sirve de nada si vives en la ciudad de Nueva York».

—Eva

—¡No podemos soltar dos tórtolas! Sé que le va a pedir matrimonio en Navidad y que le parece romántico, pero no será romántico cuando la sala se llene de cagadas de pájaro. El dueño del local nos pondrá en su lista negra y el amor de su vida le responderá que no, lo cual nos dejará sin el final feliz que todos esperamos —colocándose el teléfono en una posición más cómoda, Eva Jordan se cubrió más con su abrigo. Al otro lado de las ventanillas del taxi, la nieve seguía cayendo sin cesar desafiando a esos que intentaban retirarla de las calles. Cuanto más la quitaban con las palas, más caía, o eso parecía. En una lucha entre el hombre y los elementos, el hombre, sin duda, era el que tenía más probabilidades de salir perdiendo. La tormenta de nieve prácticamente le impedía ver la Quinta Avenida, con sus iluminados escaparates velados por los copos de nieve —. Le ayudaré a replantearse su idea del romanticismo y, por mucho que lo diga el villancico, no incluirá ni mirlos, ni gallinas de ninguna nacionalidad, ni ocas, ya sean ponedoras o no. Y ya que estamos hablando del tema, una alianza de oro es más que suficiente. ¿Quién necesita cinco? Quiere algo excepcional, no excesivo. No es lo mismo.

Como siempre, Paige fue práctica.

—Laura lleva soñando con este momento desde que era pequeña y él se siente presionado para hacer que sea

perfecto.

—Estoy segura de que el sueño de Laura no incluye un zoológico. Se me ocurrirá un plan y será espectacular. A nadie se le da mejor que a mí el romanticismo.

—Excepto cuando es para ti.

—Gracias por recordarme que mi vida amorosa es inexistente.

—De nada. Y ya que estamos de acuerdo en ese dato, a lo mejor te gustaría contarme qué tienes pensado hacer al respecto.

—Nada en absoluto. Y no vamos a volver a tener esta conversación —Eva rebuscó en su bolso y sacó su libreta—. ¿Podemos volver al trabajo? Nos queda un mes para Navidad.

—No tenemos suficiente tiempo para crear nada demasiado elaborado.

—No tiene por qué ser elaborado. Tiene que ser emotivo. Ella se tiene que sentir abrumada por las palabras de él y por el significado que hay tras ellas. Espera... —dijo Eva tamborileando sobre la hoja con el boli—. Se conocieron en Central Park, ¿no? ¿Paseando a los perros?

—Sí, pero Ev, el parque está enterrado bajo más de medio metro de nieve y sigue nevando. Una proposición de matrimonio allí terminaría con una visita a las urgencias del hospital. Podría ser memorable en el mal sentido.

—Déjame a mí. Tendré mucho tiempo para pensar en ello durante los próximos dos días porque voy a estar sola en el piso de ese chico decorándolo y llenándole la nevera para cuando vuelva a casa del campo —anotó algo y después se guardó la libreta en el bolso.

—Estás trabajando demasiado, Ev.

—No me puedo creer que eso me lo estés diciendo tú.

—Hasta yo me tomo algún rato libre para distraerme y descansar de vez en cuando.

—Pues no he debido de darme cuenta. Y, por si no lo has notado, nuestro negocio está creciendo deprisa.

—Que te tomes una noche libre para quedar con un tío bueno no va a impedir que sigamos creciendo.

—Gracias, pero tu plan tiene un diminuto inconveniente. No tengo un tío bueno con quien salir. Ni siquiera tengo un tío corriente con quien salir.

—¿Crees que deberías volver a probar a quedar por Internet?

—Odio quedar por Internet. Prefiero conocer a gente de otra forma.

—¡Pero si no estás conociendo a nadie de ninguna forma! Trabajas y después te vas a la cama con tu osito de peluche.

—Es un canguro de peluche. Mi abuela me lo regaló cuando tenía cinco años.

—Eso explica por qué parece tan agotado. Ya es hora de que lo sustituyas por un hombre de carne y hueso.

—Me encanta ese canguro. Nunca me abandona.

—Cielo, tienes que salir. ¿Y aquel banquero? Te gustaba.

—No me llamó después de decir que me iba a llamar. La vida ya es bastante estresante sin tener que estar esperando a que un tipo que ni siquiera sabes si te gusta te llame y te invite a salir cuando ni siquiera sabes si te apetece.

—Podrías haberlo llamado tú.

—Lo hice. Me desviaba las llamadas —dijo Eva mirando por la ventana—. No me importa ir detrás de un sueño cuando se trata de construir nuestro negocio y nuestro futuro, pero no pienso ir detrás de un hombre. Y, de todos modos, todo el mundo sabe que nunca se encuentra el amor cuando lo estás buscando. Tienes que esperar a que el amor te encuentre a ti.

—¿Y si no te puede encontrar porque nunca sales de casa?

—¡He salido de casa! Estoy aquí, en la Quinta Avenida.

—Sola y para meterte en otra casa. Sola. Piensa en todo el sexo fantástico que te estás perdiendo. A este paso, co-

nocerás a tu Príncipe Azul cuando tengas ochenta años y estés sin dientes y con problemas de caderas.

—Mucha gente disfruta del buen sexo a los ochenta. Solo hay que ser creativo —ignorando la sensación de vacío en la boca del estómago, Eva se inclinó hacia delante para hablar con el taxista—. ¿Puede hacer una parada en Dean & DeLuca? Si esta tormenta es tan mala como están pronosticando, tengo que comprar algunas cosas más.

Paige seguía hablando.

—Apenas te he visto en las últimas dos semanas, el volumen de trabajo que hemos tenido ha sido una locura. Sé que es una época del año dura para ti. Sé que echas de menos a tu abuela —su tono se suavizó—. ¿Quieres que vaya después del trabajo y te haga compañía?

Eva se vio muy tentada a decir que sí.

Abrirían una botella de vino y se acurrucarían a charlar con los pijamas puestos. Le confesaría lo mal que se sentía todo el tiempo y después...

¿Y después qué?

Eva bajó la mirada. No quería ser esa clase de amiga que no paraba de quejarse y gimotear. No quería ser una carga. Y, de todos modos, decirles a sus amigas lo mal que se sentía no iba a cambiar nada, ¿verdad?

Su abuela se sentiría avergonzada.

—Tienes reuniones en el centro y después la cena con Jake.

—Lo sé, pero podría...

—No vas a cancelarla —se apresuró a decir antes de verse tentada a cambiar de opinión—. Estaré bien.

—Si no hiciera tan mal tiempo, podrías venir a casa y pasar la noche allí y después volver mañana, pero dicen que va a ser una gran tormenta. Por mucho que odie imaginarte allí sola, creo que es mejor que no viajes.

Eva se mordió el labio. No importaba dónde estuviera, sus sentimientos seguirían siendo los mismos. No sabía si era normal sentirse así. Nunca había perdido a nadie tan

cercano y su abuela y ella habían estado más que unidas. Hacía poco más de un año que se había ido y la herida seguía tan fresca y dolorosa como si la pérdida la hubiera sufrido hacía solo un día.

Gracias a ella, Eva había crecido sintiéndose segura y a salvo. Se lo debía todo a su abuela, aunque sabía que no había forma de ponerle un valor a algo tan inestimable. Aunque sabía que su abuela nunca había querido ni esperado que le devolviera nada de lo que le había dado, ella sentía que al menos le debía salir de la cama cada día y vivir la vida que su abuela había querido que viviera. Tenía que hacerla sentirse orgullosa.

Si ahora mismo estuviera allí, su abuela no se sentiría orgullosa de ella.

Le diría que estaba pasando demasiadas noches en su apartamento acompañada únicamente por Netflix y un chocolate caliente.

A su abuela le había encantado oír sus aventuras románticas. Habría querido que saliera y conociera a gente por muy triste que se sintiera. En un principio lo había intentado, pero últimamente su vida social giraba en torno a sus amigas y socias, Paige y Frankie. Era una relación sencilla y cómoda, a pesar de que ahora las dos estaban locamente enamoradas.

Qué ironía que la romántica del grupo fuera la que tuviera la vida menos romántica.

Miró el oscuro cielo a través de la ventanilla y del torbellino de copos de nieve. Se sentía desconectada. Perdida. Ojalá no lo sintiera todo tan profundamente.

Aun así, al menos estaba ocupada. Era su primera temporada navideña desde que habían abierto Genio Urbano, su negocio de eventos y servicios de asistencia personal.

Su abuela habría estado orgullosa de lo que había logrado en el trabajo.

«Celebra incluso las cosas pequeñas, Eva, y vive el momento».

Eva parpadeó para contener las lágrimas.

No lo había estado haciendo, ¿verdad? Vivía esperando, planificando, haciendo muchas cosas a la vez, pero nunca se detenía a tomar aliento o a valorar el momento. Se había pasado el año corriendo, pasando por un invierno helado, una primavera cálida, un sofocante verano, y ahí estaba ahora, cerrando el círculo y volviendo a otro invierno. Había ido dejando las estaciones atrás, con empeño, avanzando paso a paso, pero no había vivido el momento porque no le había gustado el momento que estaba viviendo.

Había hecho todo lo posible por mantenerse fuerte y seguir sonriendo, pero había sido el año más duro de su vida.

La tristeza era una compañía horrible.

—¿Ev? —la voz de Paige resonó por el teléfono—. ¿Sigues ahí? Estoy preocupada por ti.

Eva cerró los ojos y se recompuso. No quería que sus amigas se preocuparan por ella. ¿Qué le había enseñado su abuela?

«Sé el sol, Eva, no la lluvia».

Ella nunca nunca quiso ser la nube que tapara al sol de nadie.

Abrió los ojos y sonrió.

—¿Por qué te preocupas por mí? Está nevando. Si la tormenta cesa, iré al parque y haré un muñeco de nieve. Si no puedo encontrar a un hombre en la vida real, al menos puedo hacerme uno de nieve.

—¿Vas a hacer un hombre sexy?

—Sí. Con los hombros anchos y unos abdominales fantásticos.

—Y seguro que la zanahoria no la vas a usar para la nariz.

Eva sonrió.

—Para esa parte de su anatomía estaba pensando más bien en un pepino.

Paige también se estaba riendo.

—Eres tan exigente que no me extraña que estés soltera. Y, por cierto, tienes el sentido del humor de una niña de cinco años.

—Por eso llevamos toda la vida siendo amigas.

—Me alegra oírte reír. La Navidad solía ser tu época favorita del año.

Era cierto. Siempre le había encantado. Le encantaban los Santa Claus sonrientes, la música alegre que sonaba en las tiendas y los brillantes copos de nieve. En especial, los copos de nieve. Le hacían pensar en trineos y muñecos de nieve.

La nieve siempre le había parecido algo mágico.

«Ya basta», pensó. «Ya basta».

—Sigue siendo mi época favorita del año.

No le hizo falta esperar a Nochevieja para formular un propósito de Año Nuevo.

Iba a salir y a vivir cada día tal como su abuela habría querido que hiciera. Y empezaría ya mismo.

Navidad.

La odiaba. Odiaba los Santa Claus sonrientes, la discordante música que resonaba en las tiendas y los gélidos copos de nieve. En especial, los copos de nieve. Se arremolinaban con engañosa inocencia, cubriendo árboles y coches y aterrizando en las palmas de las manos de niños que, encantados, veían la nieve caer y pensaban en trineos y muñecos de nieve.

Lucas pensaba en otra cosa.

Estaba sentado en la oscuridad de su ático de la Quinta Avenida mirando la glacial extensión de Central Park. Llevaba días nevando sin parar y había más nieve en camino. Se decía que sería la peor tormenta de nieve de la historia reciente de Nueva York, y las calles, que quedaban muy por debajo de donde se encontraba él, estaban inusualmente vacías. Todos los que no estaban ya en sus casas se dirigían

hacia ellas lo más rápido posible, aprovechando el transporte público mientras aún funcionaba. Nadie miraba arriba. Nadie sabía que estaba ahí. Ni siquiera su bien intencionada pero entrometida familia, que creía que estaba aislado en Vermont escribiendo.

Si hubieran sabido que estaba en casa, habrían estado pendientes de él, yendo a verlo y obligándolo a participar en sus planes navideños.

«Ya es hora», decían. «Ya ha pasado demasiado tiempo».

¿Cuánto era demasiado tiempo? No daba con la respuesta. Lo único que sabía era que para él no había pasado demasiado.

No tenía ninguna intención de celebrar la temporada navideña. Estaba deseando que pasara, como cada año, y no veía motivos para contagiarles su tristeza a los demás. Estaba sufriendo. Por dentro y por fuera, estaba sufriendo. Había quedado aplastado y destrozado bajo los escombros de su pérdida y había logrado salir arrastrándose para seguir viviendo, pero poco más.

Podría haber viajado a Vermont, haberse encerrado en una cabaña en un bosque nevado tal como le había dicho a su familia, o podría haberse ido a algún lugar cálido donde no cayera ni un copo de nieve, pero sabía que no le habría servido de nada porque seguiría sufriendo igualmente. Hiciera lo que hiciera, el dolor viajaba con él. Lo infectaba como un virus que no tenía cura.

Y por eso se había quedado en casa mientras la temperatura descendía y el mundo que lo rodeaba se volvía blanco y transformaba su edificio en una fortaleza helada.

Para él, perfecto.

El único sonido que le molestaba era el del teléfono. Había sonado catorce veces en los últimos días y había ignorado cada una de las llamadas. Algunas habían sido de su abuela, otras de su hermano, y la mayoría, de su agente.

Pensando en lo que sería su vida si no tuviera su trabajo, Lucas agarró el teléfono y por fin le devolvió la llamada a su agente.

—¡Lucas! —la voz de Jason sonó jovial y enérgica. De fondo se oían los ruidos de una fiesta, risas y música navideña—. Estaba empezando a pensar que estabas enterrado bajo un montón de nieve. ¿Qué tal los páramos nevados de Vermont?

Lucas miró al horizonte de Manhattan con sus bordes afilados cubiertos de nieve.

—Vermont es precioso.

Y lo era, a menos que hubiera cambiado desde su última visita un año antes.

—La revista *TIME* te acaba de nombrar el escritor de novela negra más fascinante de la década. ¿Has leído el artículo?

Lucas miró la montaña de correo sin abrir.

—Aún no lo he podido leer.

—Por eso estás en lo más alto. Nada de distracciones. Contigo siempre lo primero es el libro. Tus fans están emocionados con este, Lucas.

El libro.

El miedo lo removió por dentro. Un sudoroso pánico eclipsó los oscuros pensamientos. No había escrito ni una palabra. Tenía la mente vacía, pero no se lo había confesado ni a su agente ni a su editor. Aún esperaba un milagro, una chispa de inspiración que le permitiera liberarse de los venenosos tentáculos de la Navidad y perderse en un mundo ficticio. Resultaba irónico que las mentes retorcidas y enfermas de sus complejos personajes fueran una alternativa mejor que su propia y oscura realidad.

Miró el cuchillo que había sobre la mesa. El filo resplandecía, provocándolo.

Llevaba gran parte de la semana mirándolo a pesar de saber que no era la respuesta. Él valía más que todo eso.